

## POPULISMO Y MODERNIZACION CAPITALISTA EN LA ARGENTINA

MARIA DE LOS ANGELES YANNUZZI \*

### Introducción

El proceso de globalización de la economía, producido en un marco de modernización capitalista, puso en crisis, en los diferentes estados-nacionales, el modelo de estado keynesiano y con él la relación existente entre política y economía, originando una redefinición de los escenarios políticos nacionales. Esto se tradujo concretamente en la necesidad de redefinir desde el ámbito específicamente político el modelo de acumulación a partir del cual se ordena la sociedad. Pero los desafíos que estas nuevas condiciones mundiales imponen a los estados modernos no se limitan únicamente a la necesidad de producir una modernización de sus estructuras políticas y económicas. Por el contrario, este tipo de transformación exige también la constitución de nuevos sujetos políticos que den cuenta tanto de estas modificaciones a nivel interno, así como de los requerimientos del país o de la región ante la necesidad de replantear su inserción en el mercado mundial.

En este sentido, los modelos neoconservadores que hoy parecen erigirse, al menos en América Latina, en única instancia organizativa posible, se encuentran frente a la necesidad casi imperiosa de dar forma, en el orden de lo simbólico, a los nuevos sujetos políticos, pero con el inconveniente que este nuevo modelo de desarrollo se apoya sobre una lógica expulsiva que carcome la posible construcción de un momento de unidad. Dicho en otros términos, el problema acuciante al que deben dar respuesta estas experiencias neoconservadoras no es otro que el de la articulación de los consensos en la sociedad, para poder así implementar políticas altamente impopulares con la menor resistencia posible.

---

\* Consejo de Investigaciones, Universidad Nacional de Rosario.

Esto significa que la transformación que debe operarse no solamente se refiere al plano socio-político-institucional, sino que, además, se deben producir ciertos cambios en la cultura política de la sociedad -instancia a partir de la cual se definen las prácticas políticas concretas- que permitan pensar en la constitución de nuevos sujetos dando paso así a un nuevo paradigma de legitimación. Es por eso fundamentalmente que las características propias de la transformación hoy exigida por esta reestructuración capitalista plantean, en el caso concreto de Argentina, importantes desafíos, ya que el nuevo modelo que se pretende implementar se asienta en la constitución de sujetos que articulen su mundo circundante a partir de criterios organizativos y de acción formal política y social que se contraponen objetivamente en este caso al criterio de regulación estatal, ampliamente internalizado en la conciencia de los sujetos políticos. Esto supone fundamentalmente la modificación, dentro de la cultura política argentina, de prácticas y concepciones que, originadas en nuestro caso en el modelo peronista implementado a partir de 1945, se han constituido objetivamente en traba para la implementación de un nuevo modelo de desarrollo.

Pero si algo tiene de original la experiencia argentina, es que tanto el proceso de modernización llevado adelante en 1945 como el actual han sido liderados por el mismo partido político, planteando para el análisis una situación en principio paradójica que debemos intentar elucidar. De allí que sea importante conocer cómo se articula la concepción política populista con estos nuevos criterios que ordenan la sociedad a partir de una lógica del mercado.

Bien sabemos que toda argumentación racional no es más que una construcción que da cuenta de hechos que se nos presentan desde un mundo visualizado como externo a nosotros, pero del cual formamos parte. Se produce así una combinación de distintos sentimientos, creencias e ideas que de manera difusa van dando forma en el complejo imaginario social a un mundo en el cual participamos como objetos y como sujetos racionalizadores en nuestra doble función de decodificadores y significantes. En ese contexto, toda forma particular de dar cuenta del mundo circundante no es más que una *construcción de sentido* que se verbaliza en un discurso racionalizador y que se asienta sobre un cúmulo de creencias que aceptamos como verdaderas y que se sustraen a toda discusión.

Estas creencias, que constituyen un magma difuso sobre el cual se articula toda argumentación racional, se determinan generalmente a partir de valores que individualmente se adoptan y de lo que podríamos llamar una percepción de época, que se relaciona con las tendencias generales que siguen en ese momento particular la política y la economía. Cada época marca, en ese sentido, los grandes presupuestos sobre los cuales se asientan las distintas teorizaciones y percepciones, que tomarán a partir de ellos sesgos ideológicos incluso totalmente divergentes.

Sin embargo, estos cambios de mentalidades que necesariamente se producen no lo hacen a través de una renovación total y completa de los presupuestos anteriores. Por el contrario, se trata de la rearticulación de creencias, conceptos,

ideas y sentimientos preexistentes a partir de construcciones imaginarias que se realizan del mundo circundante y que al acomodarse adquieren un valor diferente y, por consiguiente, producen en la *praxis* consecuencias también diferentes. Todo ello se verbaliza generalmente a través del discurso político, mediación que permite racionalizar todo este cúmulo de deseos, intereses y apetencias tanto individuales como sociales. En ese sentido, la importancia del discurso político en este tipo de análisis radica en el hecho de ser la instancia en la cual se "problematizan los fundamentos mismos de la vida social así como el estatuto de los individuos y de las comunidades en el mundo" (DUCHASTEL et ARMORY; 1).

Al analizar concretamente la experiencia neoconservadora en Argentina vemos que este cambio en la propuesta política resulta de una paradójica imbricación entre dos percepciones en principio opuestas, hecho que se evidencia en el discurso político, ya que es desde él que se estructuran tanto el campo organizacional simbólico como la misma forma de ejercer el poder. En ese sentido, esta paradójica imbricación que se ha producido entre populismo estatista y neoconservadurismo económico liberal nos coloca, en última instancia, "frente a un problema de definiciones sociales de la realidad, de constitución de centros simbólicos de ordenación mental-social de la realidad social, de competencia y lucha de diferentes centros de dominación social, por su establecimiento como evidencia social" (PEREZ-AGOTE: 1986; 18).

Esta simbiosis entre dos concepciones que postulaban formas organizacionales diametralmente distintas puede llegar a imponerse socialmente con éxito en la medida que se consiga difundir en el imaginario social, tanto individual como colectivo, asegurando así la legitimación del nuevo régimen. Y es en este espacio de lucha donde se plantea como problema acuciante a resolver la constitución de los consensos, ya que es a partir de ellos que se pueden establecer tiempos de espera que contribuyan a legitimar las transformaciones operadas. Esto supone la rearticulación de las creencias, ideas y sentimientos a partir de los cuales se articulaba el viejo discurso racionalizador que daba forma al mundo circundante y se definían las prácticas políticas concretas. Si partimos de la base que la ideología es la manera que un grupo social da cuenta de su mundo circundante, estableciendo las preferencias y los criterios organizativos de una sociedad, el hecho de conocer su contenido preciso supone poder definir las características que asume la puja de poder, y qué posibilidades tiene el grupo o esta sociedad concreta para articular un tipo de modernización que le permita superar la situación de crisis.

Teniendo en cuenta esto, vemos que es necesario producir, desde el punto de vista de la construcción de las mentalidades políticas, un tránsito que descentre el estado como referente político fundamental en la constitución de las prácticas y de las formas organizativas, para introducir el principio del mercado como instancia de construcción de la unidad y de la identidad de este nuevo tipo de sociedad. Es decir que la prevalencia de uno u otro presupuesto supone siempre una puja de poder entre las distintas fracciones que compiten entre sí con el objeto de imponer su propia

percepción. Se trata de una puja de poder que se inserta en la sociedad y que permite resolver los espacios de inclusión y exclusión en función en este caso del proceso de reconversión capitalista que debe llevarse a cabo.

### El problema del consenso

Si bien la crisis del modelo de acumulación comenzó a manifestarse hacia mediados de la década del 70, el problema de la articulación de los consensos en relación a la implementación de un nuevo modelo no se constituyó en cuestión central a resolver sino a partir del fracaso de la última dictadura militar. Esta experiencia, que tuvo lugar entre 1976-83, constituyó *la primera respuesta, autoritaria por cierto, a la crisis que se había abierto a raíz del agotamiento del modelo de desarrollo* adoptado en el país. El "Proceso de Reorganización Nacional", tal como se llamó a sí misma la dictadura, se había impuesto como objetivo fundamental la transformación profunda de la sociedad, transformación que, si bien consiguió esbozar particularmente a partir de 1978, no pudo instrumentar de manera plena.

Pero, si bien con matices diferentes, hoy la cuestión vuelve a replantearse, aunque con una cierta insistencia en la necesidad de instrumentarla a partir de un gobierno constitucional. En ese sentido, el mismo Cavallo, quien fuera también presidente del Banco Central durante la presidencia de *facto* de Viola, explicaba en estos términos el porqué se hacía necesario apelar a la constitucionalidad para producir esta renovación del modelo de acumulación.

"En la Argentina la reorganización económica no se podría haber hecho como se hizo en Chile en un gobierno militar. Porque los sectores económicos que se beneficiaban con la desorganización anterior eran muy poderosos y sólo en un contexto verdaderamente participativo y democrático iban a ver, como vieron, debilitado su poder y aceptarían una reorganización económica decidida desde arriba, desde el poder político y no por ellos mismos".(1)

Dicho en otros términos, la dictadura militar había fracasado en su intento por convocar el consenso necesario que le permitiera liderar la transformación de la economía. Si bien uno de los requisitos necesarios del modelo neoconservador es la despolitización de la sociedad, como forma de la exclusión del modelo sin mayor resistencia social, ella no resultó suficiente en el contexto de dictadura. Como Cavallo sugiere en la cita precedente, el problema central radicó en la imposibilidad de generar al menos mínimos espacios de consenso que legitimaran la instancia de reconversión. En ese sentido, si hubo un aspecto en el que la dictadura fue duramente resistida, y sobre el cual la oposición partidaria y sindical centró fundamentalmente todos sus esfuerzos, fue concretamente el programa económico.(2) La economía se convirtió durante la mayor parte del régimen militar en el disparador fundamental de toda acción política y en el elemento aglutinante de la oposición sectorial y partidaria, hecho que

se tradujo ya en 1979 en el primer paro general.

Como sugiere Cavallo en la cita precedente, a pesar de haber suspendido las libertades como instancia necesaria para producir el disciplinamiento de la sociedad a partir de una metodología de la más dura represión, la dictadura no pudo lograr este objetivo plenamente, no solamente en el caso de los sectores trabajadores, sino en el de un empresariado que no alcanzaba a vislumbrar la necesidad de modernización que se imponía, y que todavía lograba beneficios de un modelo que empobrecía cada vez más la sociedad. Pero tampoco la dirigencia política de aquel entonces pudo llegar a comprender que, más allá de la existencia coyuntural de un régimen *de facto* contra el cual se debía luchar, se había producido la quiebra del modelo de acumulación que había caracterizado a la Argentina desde 1945.(3)

Por esto y por otros motivos que no entraremos aquí a analizar, la inserción directa de las Fuerzas Armadas en el gobierno como forma de garantizar la implementación de un modelo económico de este tipo había resultado para la fracción neoconservadora altamente costosa e ineficaz. A ello se agregaba como elemento negativo la forma como acabó la experiencia dictatorial, tras la derrota de Malvinas. Ya no se trataba sólo de no haber podido transformar plenamente la economía y el estado, sino que, además, las Fuerzas Armadas habían terminado en un profundo descrédito producto tanto de la delirante guerra con el Reino Unido como de la clandestinización del estado. Esto llevó a la inclusión de la temática de los derechos humanos en el espacio público, particularmente durante los primeros años de recuperación democrática, insertando así una mayor politización en la sociedad que, en última instancia, trababa la implementación extrema de un modelo neoconservador.

¿Cómo producir entonces una modernización con características fuertemente excluyentes que, al mismo tiempo, no se tradujera en un cuestionamiento a la estabilidad del régimen político? Si alguna enseñanza había dejado el 'Proceso' era, tal como indicara Cavallo, que la transformación profunda de la sociedad en el marco de la reconversión capitalista no se podía realizar por vía exclusivamente autoritaria. La metodología utilizada por la dictadura había generado consecuencias negativas no deseadas que incluso contuvieron la implementación extrema del nuevo modelo. Por el contrario, la transformación requería, necesariamente, algún viso de legitimidad democrática, aunque esta fuera nada más que formal, ya que de esa forma el poder dejaría de ser visto como simple imposición para entenderse como "persuasión", como "capacidad de penetrar en las fibras más hondas de la sociedad" (BELIZ; 95).

Esto significa que, lejos de ser el ámbito exclusivo de la economía -tal como se enuncia a partir del discurso oficial- el lugar privilegiado de la transformación, esta modernización entendida en términos exclusivamente económicos no podría realizarse si no se produjeran previamente cambios sustanciales en los criterios que articulan el orden político y, consecuentemente, en las formas de percibir las formas organizativas políticas y sociales. Llegar a comprender que la transformación no podía hacerse en el marco de una dictadura constituyó un aprendizaje que implicó

reconocer a su vez que la modernización tenía requisitos políticos claros. El fracaso de las Fuerzas Armadas demostró que, a pesar de que el modelo exigía como condición previa una fuerte despolitización de la sociedad, ésta no resultaba suficiente, ya que también se necesitaba apelar a la política para lograr espacios claros de consenso si se pretendía imponer el modelo con el menor grado de resistencia posible.

Esto supone la necesidad de apelar a un estado que asegure los cambios necesarios para constituir una fracción rectora avalada directa o indirectamente por consensos explícitos que se manifestaran periódicamente en las urnas. Ya no se trataba simplemente de despolitizar la sociedad, como se había pretendido durante la dictadura, sino de *neutralizar la oposición*, de forma de poder organizar apoyos sociales concretos que pudieran ser esgrimidos contra las fracciones más refractarias a la modernización neoconservadora. En ese contexto, el proceso de atomización social que comenzó a producirse a partir de la quiebra del estado keynesiano y que favorecía el repliegue del hombre común al mundo de lo privado daba ciertas garantías de que el disenso que podía llegar a desencadenar la implementación del nuevo modelo pudiera ser neutralizado. Esta era una manera de contener los efectos del modelo, ya que

"el tipo de reestructuración productiva encarada por América Latina, en general, y Argentina, en particular tiene marcados síntomas de exclusión social. Este es un proceso acumulativo que está en la raíz del modelo de acumulación y distribución adoptado: la supuesta modernización y crecimiento de algunos sectores lleva implícita la exclusión de otros" (BARBEITO y LO VUOLO; 106).

Por eso el disenso, la crítica que pudiera aparecer, debía ser marginada o, al menos, acotada lo más posible, para que no tuviera incidencia alguna sobre la construcción final de los consensos. Pero si tenemos en cuenta las formas de apelación utilizadas desde el estado tanto en períodos pre-electorales como en los post-electorales, vemos que se trataba, en realidad, de producir una articulación cíclica entre despolitización y consenso, ya que mediante la primera se contienen las resistencias y mediante el segundo se legitima en forma general y complementaria en la sociedad el nuevo modelo de acumulación. Sin embargo, esta articulación cíclica no era suficiente, sobre todo si tenemos en cuenta que la contradicción instalada en el mismo modelo opera, en ese sentido, desarticulando los consensos. Faltaba, por consiguiente, lograr la legitimación del nuevo modelo, produciendo como resultado final los nuevos sujetos políticos y sociales funcionales al modelo.

### **Populismo y neoconservadurismo**

La única posibilidad de producir un nuevo tipo de sujeto político, ya no como creación *ex-novo*, es aprovechando una construcción ideológica que dé la argamasa

necesaria para mantener una unidad genérica en torno al proyecto, conteniendo de esa forma la posible desagregación que el modelo por sí mismo podía imponer. En parte esto se debe a que un régimen político sólo puede consolidarse en la medida en que consiga justificar su presencia apoyándose en las grandes creencias que se dan en la sociedad en una época determinada. Pero es aquí donde se introduce un aspecto altamente contradictorio, cuya solución en la experiencia argentina reviste un alto grado de originalidad.

En primer lugar, porque las creencias socio-políticas generalizadas en la sociedad argentina remitían ampliamente a la forma de estado keynesiano, contraponiéndose así a lo que se plantea a nivel mundial como solución a la crisis actual del estado. En segundo lugar, porque al ser la alternativa neoconservadora una propuesta de modernización excluyente, lejos de revertir la crisis del estado la mentalidad preponderante, tiende, por sus mismos efectos, a revalorizar los beneficios del modelo keynesiano. Solamente la posibilidad de mantener, incluso de manera abstracta, un lazo de pertenencia comunitaria -que se hace objetivamente débil en la práctica en función de todo lo que la modernización neoconservadora supone- al cual previamente se le hubiera quitado todo atributo de la política, permitiría pensar en la sanción de un modelo que se inscribe en la exclusión de amplias franjas de la sociedad.

Si bien podríamos enunciar otros antecedentes, la manera en la cual los partidos políticos y la sociedad habían respondido ante la invasión de Malvinas, hizo evidente que el sentimiento nacional-populista podía vehiculizar mejor la conformación del consenso, ya que, incluso, no quedaba circunscripto a un único partido político. Esto planteaba al peronismo como un aliado potencial de los neoconservadores, pero para ello era necesario primero la desarticulación de algunos elementos ideológicos del peronismo que, en definitiva, se constitúan objetivamente en trabas de la modernización. Esta operación de selección que se hacía sobre esa construcción ideológica exigía como condición de posibilidad que el cambio fuera realizado por una figura proveniente del mismo peronismo y a la cual, objetivamente, no se le pudiera cuestionar su condición de tal.

La crisis hiperinflacionaria de 1989, que se agudizó una vez elegido el nuevo sucesor presidencial, permitió que el discurso fuertemente nacional-populista con el cual había ganado Menem las elecciones de ese año fuera inmediatamente abandonado bajo la justificación de las condiciones extraordinarias en las cuales debió asumir el poder sin que se llegara a deslegitimar totalmente el nuevo gobierno. Esa crisis hiperinflacionaria, que llegó a cuestionar incluso las bases mínimas de sustentación del mismo estado, le sirvió discursivamente como justificativo para adoptar como propios objetivos tales como la reforma del estado y la aplicación de los planes de estabilización, sin que eso generara mayor resistencia en la franja del electorado que lo había votado. Por eso Cavallo dirá tiempo después que "se necesitó el coraje y el liderazgo de Menem"<sup>(4)</sup> para hacer este viraje político que llevó a que la sociedad en su conjunto aceptara la necesidad de la reconversión.

El contexto en el cual Menem asumió el poder en 1989 le permitió captar un consenso en principio difuso en el conjunto de la sociedad, consenso que, si bien no se había reflejado en el momento específicamente electoral, comenzó a dibujar un nuevo mapa político que neutralizó las pérdidas que el nuevo giro ocasionó. Por qué la desilusión del primer momento no se tradujo necesariamente en deslegitimación es, probablemente, muy difícil de explicar. Sin embargo, creemos que la imagen peronista, en torno a la cual el partido del presidente Menem construye su propia identidad, obró como elemento aglutinante y contenedor a pesar del trastocamiento que se producía. El abandono del discurso populista por parte de Menem, inmediatamente después de las elecciones de 1989, así como la explicitación del pacto con los sectores económicamente más poderosos, minaron en un principio la imagen del nuevo presidente, pero no la condición misma del peronismo. Y es sobre esta diferencia que el peronismo gobernante fue restituyendo paulatinamente los consensos y evitando que en las elecciones posteriores esto se tradujera en fuertes pérdidas en el caudal electoral.(5)

El menemismo, en ese sentido, constituye un intento, desde el interior del mismo partido que había instrumentado el modelo de acumulación que caracterizara a la Argentina desde 1945, por instrumentar un nuevo discurso racionalizador que permitiera responder a las exigencias de modernización que imponía el capitalismo. Por eso Erman González sostiene que "la política que lleva adelante Menem está inspirada en principios básicos del peronismo, .....no arriamos banderas sino que modernizamos instrumentos".(6) Las transformaciones que se produjeron en el orden de la economía y de la estructura estadual a nivel mundial hacían inviable la ejecución de un programa que se basara en una versión del modelo keynesiano, razón por la cual el peronismo necesitaba producir una modernización de las estructuras ideológicas para aprehender los cambios materiales que se habían producido. Como explicara Menem en el Congreso de Actualización Doctrinaria en 1991,

**"la era continentalista que estamos viviendo cuestiona la cultura, la ideología y la política surgida y desarrollada durante la era nacionalista que ha terminado; y la fuerza inercial electoral del justicialismo heredada de la conducción del general Perón se ha agotado como fuerza homogénea decisiva brindando su último servicio con el triunfo electoral del 8 de julio de 1989. Por ello están en crisis los partidos políticos y a nosotros nos caben las generales de la ley".(7)**

En función de ello, el menemismo debe ser entendido como una versión actualizada del peronismo de 1945, teniendo en cuenta que las condiciones objetivas a nivel mundial han cambiado radicalmente y que, por consiguiente, han cambiado los criterios en torno a los cuales se organizaban estado y sociedad. En ese sentido, plantear el fin del populismo no significaba necesariamente decretar la muerte de todo lo que significaba el peronismo. Como indicáramos anteriormente, se trata de un proceso de desarticulación y rearticulación de los distintos elementos ideológicos a



partir de los cuales se establecen las preferencias personales y grupales, proceso en el cual se abandonan algunos y se revalorizan otros. Pero se trata siempre de un proceso altamente complejo que, incluso, es muchas veces contradictorio. Como señalaba Jorge Bolívar en 1989,

**"si los peronistas se dan cuenta de que ganaron las elecciones y que en el gobierno de Menem juegan su destino y superan la depresión que les provoca la grave crisis y los traumáticos programas de ajuste, advertirán que, por sobre todas las diferencias coyunturales, su tarea es expresar un pensamiento político que es también una cultura, esencialmente diferente a la marxista y la social democracia".(8)**

Al mantenerse el sentimiento de reconocimiento y de pertenencia como *substractum* sobre el cual se apoya la ideología neoconservadora, los elementos cognitivos que determinan las formas de organización que derivan de la concepción nacional-populista, así como los contenidos ideológicos que le dan forma, deben desarticularse para hacer surgir una nueva construcción ideológica que, completamente apoyada en la anterior, pueda mantener su lugar de preeminencia, a pesar del cambio de escenario que se produce en el mundo. Sin embargo, al haber asignado el peronismo un rol protagónico al estado como promotor de las clases sociales y del desarrollo, el proceso de reforma al cual hoy se enfrenta necesariamente a causa de la modernización, le quita a este partido uno de los componentes esenciales, tanto desde un punto de vista material como ideológico, que permitía que esta concepción nacional-populista se convirtiera en una de las formas concretas y válidas de organizar la sociedad. El estado, en ese sentido, se constituyó, directa o indirectamente, en el gran distribuidor de premios y castigos que ordenaban la organización social.

La eliminación del rol asignado al estado en la construcción ideológica peronista deja a los sujetos políticos, tal como habían sido instituidos hasta ahora, sin los marcos de referencia necesarios para que, de alguna manera, puedan reconocerse en los otros. En ese sentido, debemos tener presente que la conformación de la identidad en este caso partidaria supone "un proceso constante de construcción de relaciones a partir de las categorías socio-cognitivas internalizadas por el sujeto" (BIGOT; 19; s/n), que se resuelve primordialmente en el orden de lo simbólico y de lo imaginario, permitiendo de esta forma construir la unidad del grupo. Por eso los códigos de interpretación que habían primado durante la campaña electoral se habían quebrado, volviendo ininteligible el mundo circundante.

Pero el hecho que fuera el mismo peronismo el autor de estos cambios tiene un alto valor simbólico y político en la sociedad. Desde un punto de vista político, porque si bien es cierto que no podemos probar que únicamente el peronismo estaba en condiciones de producir, dado el consenso cautivo fundamentalmente entre los sectores trabajadores, estas transformaciones, este enunciado se erige en muchos como forma explicativa y justificatoria de lo acontecido en 1989. Desde un punto de

vista simbólico, quedaba definitivamente decretada la muerte del modelo keynesiano, ya que las categorías socio-cognitivas que habían dado forma a los sujetos políticos del estado social perdieron total vigencia al ser ese mismo peronismo el que buscaba dar un contenido distinto tanto al estado como a la relación de éste con la economía.

### **Menemismo y peronismo: similitudes y diferencias**

En términos generales, el primer dato que desde lo externo aparece es el hecho que, contradictoriamente al proceso de globalización que se muestra como tendencia predominante a nivel mundial, tanto las dificultades objetivas para readaptar la sociedad a las nuevas exigencias de la reconversión capitalista, como las subjetivas, es decir, las que se refieren a la manera en que el sujeto conceptualiza su mundo circundante, han favorecido en muchos lugares un renacimiento de los particularismos, incentivados, incluso, por la aplicación de una lógica de mercado que, en última instancia, tiende a atomizar la sociedad. Especialmente en los casos de aquellos países que articularon su desarrollo en base a una lógica estatista fuerte,

"la ideología hoy hegemónica presenta al proceso de modernización como la revalorización del interés económico individual y el libre juego de las fuerzas de mercado, bajo el supuesto de que éstos han sido los estímulos que permitieron el mayor desarrollo de los países centrales" (BARBEITO y LO VUOLO; 26).

Pero la consecuencia de ello ha sido el fuerte cuestionamiento a las formas y contenidos que cada sociedad había atribuido hasta ahora a las nociones de unidad y diferencia, y a cómo se articulaban ambas dentro del régimen político. En el caso de Argentina, el resultado más evidente frente a la reconversión capitalista ha sido una cierta desarticulación o, al menos, una desvalorización de los sujetos políticos conocidos hasta ahora, lo que tuvo como consecuencia inevitable la reducción de la escena pública, por la introducción de particularismos y localismos que dificultan la construcción de solidaridades más amplias.

Si tenemos en cuenta, como ya indicáramos, que el estado argentino se constituyó en el principal promotor de una unidad como nación, la reforma del estado exigida por el proceso actual de reconversión capitalista plantea desafíos interesantes. Este rol activo que tiende a jugar el estado en la conformación ideológica tiene que ver con el hecho que todo estado siempre establece un determinado tipo de lazos sociales a partir de los cuales los sujetos se relacionan entre sí, al mismo tiempo que determina por dónde pasan los criterios de inclusión y de exclusión tanto en el orden social como en el político. Pero, como indicáramos en el punto anterior, si el menemismo produjo un corte ideológico con el peronismo del 45 fue por adoptar un nuevo modelo de estado y de relación con el mercado.

Es decir que los cambios sufridos por esta concepción política se refieren fundamentalmente a los aspectos políticos y económicos del proyecto, a partir de los

cuales se constituyó una burguesía nacional y se integró a los obreros al estado. En ese sentido, partiendo del concepto organicista de la 'comunidad organizada',<sup>(9)</sup> el peronismo del 45 desarrolló un modelo policlasista fuertemente antipolítico en el cual el estado se constituyó en el árbitro en los conflictos interclases. Poner el estado como árbitro entre patrones y obreros requería la elaboración de una ideología policlasista, en la que las clases sociales no se vieran como antagónicas.

El estado nacional argentino desempeñó un rol preponderante, tanto en relación a la conformación de las clases, como en relación a la organización misma de la sociedad -rol hoy cuestionado a causa de producirse la ruptura del modelo keynesiano- en el proceso de modernización comenzado en los años 40. Desde el punto de vista de la constitución de las clases, el peronismo disciplinó tanto a la burguesía como a los trabajadores, integrando los sindicatos y asociaciones profesionales al estado. Era el estado, en ese sentido, que, a través del reconocimiento de las distintas formas de personería, definía los interlocutores legítimos en las diferentes ramas de la producción, convirtiéndose por esta misma razón en la instancia a partir de la cual se producía el reparto de poder en la sociedad. Esto se completaba con la estructura organizativa que tenía el movimiento peronista.

"En la supuesta estructura 'ideal', los sindicatos, unificados en una sola Central Nacional, 'deben' constituir la 'columna vertebral' del Movimiento y una de sus tres ramas, junto con el peronismo político, masculino y femenino" (FERNANDEZ: 131; s/n).

La primera consecuencia directa de esa necesidad de *aggiornamento* en la concepción peronista fue, por consiguiente, el desmantelamiento paulatino aunque sistemático del modelo de características corporatistas que hemos descrito en el punto anterior. En el orden de lo simbólico, se comenzó poco a poco a introducir cambios en la tradicional mitología peronista, mitología que, durante años, había marcado la política nacional.<sup>(10)</sup> Esta es, por cierto, una de las diferencias más importantes que podemos encontrar entre este peronismo y el conformado a partir de 1945. Hoy, como explica Beliz,

"el pensamiento nacional está obligado a construir poder a partir de la sociedad, como un desafío inédito para una práctica política que construyó cómodamente poder a partir de la premisa de un Estado distribuidor y redistribuidor" (BELIZ; 133).

Pero, a causa de ello, el proceso de fragmentación que atraviesa la sociedad argentina, a partir de la aplicación salvaje de la lógica de mercado en el marco de un modelo neoconservador, ha planteado la necesidad de reformular las identidades de los partidos políticos, en particular -aunque no exclusivamente- la peronista, que había siempre pretendido ser la expresión de la identidad nacional. En ese sentido, si bien jamás llegó a desarticular completamente los partidos políticos, éstos siempre fueron visualizados como el lugar de disolución de lo político, ya que lo político era

comprendido solamente como instancia de unidad totalizadora, en la que la diferencia desaparecía. Dicho en otros términos, la Nación, a la cual el peronismo sostenía representar, se colocaba por encima de todo posible clivaje, constituyéndose, así, en una unidad sin diferencia.

Esto suponía un momento final de igualación de la sociedad, donde algún clivaje que pudiera aflorar hubiera significado la ruptura de esta unidad abstracta. En ese contexto, la conformación de una ideología nacional-populista, a partir de la cual se instituyó en grupo hegemónico, permitió representar una sociedad que, al menos desde el imaginario político, no reconocía la existencia de clases antagónicas. Por eso, como explica Cheresky el populismo es "una forma paradójica, pues asocia una ampliación de la inclusión social y política con una denegación de la deliberación" (CHERESKY, 1992: 48, n). Desde el punto de vista social, esta inclusión había supuesto privilegiar las formas organizativas de tipo corporativo que, en última instancia, mediaban, en el caso de los trabajadores, en la efectivización de la inclusión política al estado.

En ese sentido, como el peronismo se reivindicaba como movimiento nacional, por un lado, y como pretendía ser la definición misma de la Nación, por el otro, el reconocimiento de las fracciones divergentes representadas por los partidos políticos hubiera significado negarse como encarnación de esta unidad abstracta. Esto significaba, al menos potencialmente en muchos casos, instalar una lógica de guerra como instancia de resolución de conflictos, tanto dentro como fuera del mismo grupo, ya que

"las restricciones al pluralismo tenían un carácter bien definido, en la medida que la identidad nacional que el supuesto partido político pretendía expresar excluía las fuerzas políticas que disputaban por la representación política, y constituían en consecuencia aberraciones" (CHERESKY, 1992; 48, n).

Negando la diferencia como elemento co-constitutivo de lo político, el peronismo la marginaba no solamente en los bordes de la sociedad acentuando así la lógica de guerra, sino que constituía también la integración social sobre bases fuertemente antipolíticas. La noción de 'movimiento nacional' era la manera de negar la organización del partido político como instancia de mediación entre el estado y la sociedad en el marco de una sociedad compleja que se reconocía atravesada por diferentes clivajes que no pueden ser uniformados sin negar los espacios de libertad.

Si bien desde un escenario distinto, escenario que acentúa la tendencia decisionista al mismo tiempo que desarticula la base corporativa que lo caracterizaba, hoy la referencia a los partidos políticos tiene también un fuerte acento peyorativo. El peronismo, explica Caimmi, "ha sido siempre un movimiento nacional y como tal no ha caído en la partidocracia".<sup>(11)</sup> Por el hecho de negarse la noción de intercambio como forma constitutiva del concepto moderno de lo político, el espacio público tiende a anularse a causa de la falta de una entidad específica propia. A partir del

populismo, el espacio político se vacía ya que se conforma una sociedad en la que lo político ha perdido total autonomía.

El potencial totalitario que tenía el Estado-Nación argentino, tal como el peronismo del 45 lo había conformado, permite construir el momento de unidad de un todo indiferenciado excluyendo todo posible disenso que trabe la implementación de un modelo neoconservador. En ese sentido, el discurso hegemónico constituye la diferencia en línea de demarcación de la exclusión, fundando así su propio desarrollo en el presupuesto inicial de la indiferenciación. Dicho en otros términos, el hecho de mantener los aspectos más irracionales del nacional-populismo como *substractum* sobre el cual el neoconservadurismo se apoya permite dirimir la cuestión del poder habiendo cerrado primero el mercado de ideas en la sociedad. En ese contexto, los consensos políticos se distorsionan transformándose en consensos personales, produciéndose una extensión de lo privado a lo público. En ese sentido, el carácter fuertemente antipolítico de la sociedad argentina igualmente hoy está relacionado con el éxito del discurso nacional-populista.

Es decir que, más allá del escenario que ha originado el peronismo en 1945 o del que se impone hoy en el mundo, el peronismo es portador de un tipo de percepción fuertemente arraigada en la sociedad a partir de la cual los lazos sociales se articulan. Por eso, más allá de lo que constituirían las diferencias en torno al programa político, el peronismo es, además, una forma particular de establecer las solidaridades y de conformar los consensos, punto fundamental en economía para implementar cualquier tipo de política. Los criterios por los cuales cada ciudadano define su voto varían totalmente en el caso del peronismo y, por ejemplo, del radicalismo, el otro partido mayoritario con posibilidades reales de competir por la fórmula presidencial.

"En lo que hace al voto, 8 de cada 10 personas que adelantan su elección por la boleta del PJ lo hacen por **'ser peronistas de toda la vida' o 'estar de acuerdo con Menem'**, en cambio las razones del voto a la UCR son más diversas: 4 de cada 10 simpatizan con el partido, 3 están en desacuerdo con Menem o votarían a la UCR para oponerse a la reelección y 1 porque a pesar de que respaldan el plan del Presidente opinan que hay que frenar la corrupción".(12)

Es decir que en el peronismo interviene en la decisión del voto un criterio fundado en la subjetividad de un sentimiento de pertenencia, con el cual el votante se identifica, y que responde generalmente a la forma en que se produce la construcción imaginaria del peronismo. Ese sentimiento de pertenencia, por el cual cada uno se identifica como miembro de una comunidad que los unifica, se convierte en la base de legitimación de cualquier figura que emane de ese núcleo, a pesar, incluso, de que se la visualice como contradictoria a uno mismo. Es la misma concepción organicista presente en el modelo peronista lo que permite entender esa posible contraposición como funcional y no como opuesto real, razón por la cual la unidad se sigue manteniendo, pero como forma de ocultamiento de las diferencias.

Esto hace que el peronismo ofrezca mayores ventajas que cualquier otro partido para garantizar un proceso de reformas profundas. No necesita construir una nueva legitimidad, ya que esta forma de generar los consensos, convertida en sentido común entre los peronistas, invalida, incluso, la posibilidad misma de oposición. Fomentado durante la época de proscripción, ese imaginario peronista, que tiende a escindir -aunque no a oponer realmente- el 'verdadero peronismo' del 'peronismo realmente existente', se empeña siempre en una búsqueda sin fin del primero, a pesar de las frustraciones que la realidad le impone. Y desde ese imaginario, también, se fortifica el viejo atributo por el cual era 'el partido de los pobres'.

Por eso, ante la pregunta de por qué ahora era posible superar la inestabilidad y el estancamiento, la respuesta del ministro Cavallo fue muy clara y precisa: "Porque el sistema político ha llevado al poder a un presidente con un gran liderazgo político, con un gran coraje y con confianza en la gente"(13). Es decir que lo que interesa del peronismo es el *tipo particular de cultura política* que promueve. Y es esto, fundamentalmente, lo que los nuevos sectores que se aliaron al peronismo han pretendido aprovechar. En última instancia, la cuestión tiene que ver tanto con la existencia de un alto porcentaje de votos cautivos, más allá, incluso, de las diferencias que se puedan encontrar entre los distintos grupos que lo integran, así como con la forma en que el peronismo construye el imaginario social y político. Esto hace que se produzca una búsqueda constante de un 'peronismo verdadero' que nunca termina de cobrar cuerpo en la realidad, por lo que siempre se termina votando al 'peronismo real' que se presenta a elecciones.

En función de ello, el posible disenso que se pueda gestar en su interior rara vez ocupa el espacio de lo público y, cuanto mucho, solamente queda como triste lamento privado, sin incidencia real en el proceso de legitimación del estado. Por esta razón, si bien el neoconservadurismo requería la desarticulación de algunos elementos ideológicos determinados, es decir, de los elementos que expresaban la organización del estado y de la sociedad, necesitaba también apoyarse sobre estos elementos más irracionales que caracterizan la concepción peronista.

## Conclusión

La posibilidad de articular los consensos para neutralizar toda oposición posible al modelo neoconservador se basaba en la apelación a un sentimiento de reconocimiento y no a una argumentación lógica a partir de la cual definir las preferencias. Cuando nos referimos a este aspecto irracional, queremos llamar la atención sobre la manera que los miembros del grupo tienen de reconocerse como parte de una misma comunidad, es decir, sobre la manera de integrar un Nosotros que está uniformado por el reconocimiento de un mismo Padre. Se trata, en ese sentido, de los sentimientos a partir de los cuales los lazos de pertenencia se construyen.

En ese sentido, la Guerra de Malvinas había demostrado que ese sentimiento comunitario estaba fuertemente arraigado en la sociedad, más allá de las diferencias

políticas existentes y más allá incluso de la persona que apelaba a ese sentimiento. El presidente militar Galtieri había logrado desarticular la oposición a la dictadura colocándose a la cabeza de la reivindicación nacionalista más sentida en la Argentina. Frente al anuncio de la toma de Malvinas, prácticamente todo el espectro político apoyó a la dictadura militar. La Confederación General del Trabajo fue, en ese sentido, la que mejor mostró el sentimiento que movilizaba a la sociedad en ese momento:

**"En la escala de valores de los hombres que conforman el Movimiento Obrero Argentino", afirmaba la declaración de la CGT, "siempre ha estado en primer término de nuestras consideraciones el interés supremo de la Patria, y luego las reivindicaciones de tipo sectorial".(14)**

Esta imbricación que se produce entre neoconservadurismo por un lado y nacionalismo por el otro permite cuestionar lo político como instancia de conciliación de la diferencia, estableciendo así las inclusiones y las exclusiones que aparecen como 'naturales'. El neoconservadurismo necesita para su aplicación de la constitución de un Nosotros y, por esta razón, utiliza la concepción peronista a la cual le ha desarticulado previamente el proyecto político sobre el cual se apoyaba. Faltaba excluir solamente los elementos nacional-populistas que entraban en conflicto con el nuevo modelo a desarrollar. Eso era la condición necesaria para lograr los consensos en la sociedad en el marco de la articulación de un nuevo modelo de desarrollo.

**"El hecho que el país se haya primero organizado bien en el aspecto político y que las reglas políticas de la Constitución Nacional hayan comenzado a funcionar, creó el clima para que se pueda después enfrentar los temas económicos".(15)**

Lo que el peronismo aseguraba concretamente al neoconservadurismo era la forma de construir el imaginario político, que garantizaba por sí mismo los consensos en la sociedad, a pesar de los conflictos internos que siempre lo atravesaron. Sin embargo, esta necesidad de apelar todavía a las formas tradicionales de conformar los consensos que el peronismo tiene -formas que son objetivamente contradictorias con las nuevas tendencias modernas, ya que todavía son tributarias del concepto de Estado-nación- introduce un elemento altamente conflictivo en la consolidación del nuevo modelo de acumulación. Si la alianza neoconservadurismo-populismo sirvió para la instauración de un nuevo código de referencia socio-político al menos en sus niveles macros, esa alianza, tal como se proyecta en el orden de los imaginarios y de lo simbólico, difícilmente permita la consolidación a largo plazo del modelo, tal como la fracción neoconservadora lo plantea.

Por el contrario, los elementos populistas a los que se apela particularmente en las etapas pre-electorales, tienen un efecto no deseado, ya que reactualizan en el

imaginario político las formas organizativas y de inserción social relacionadas con el modelo keynesiano. Esto, conjugado con un modelo altamente excluyente, que promueve resistencias al menos en los bordes marginales de la sociedad, obliga desde el gobierno a instrumentar instancias de distribución de premios y castigos con el objeto de mantener e incrementar las franjas de consenso. Pero se trata de formas en sí mismas perversas, ya que el estado como tal ha dejado de cumplir esa función, con lo que las pujas de poder y, por consiguiente, las tensiones tienden a incrementarse en la sociedad.

## NOTAS

(1) "Economía. El hombre de la convertibilidad", Entrevista a Domingo Cavallo, Revista *Noticias Extra*, Nº 9, 31/03/93, pág. 92.

(2) Este reduccionismo economicista que adquirió fundamentalmente durante los primeros años de dictadura la resistencia al régimen en parte reflejaba una concepción generalizada en el conjunto de la sociedad que tendía a desvalorizar la política, negándole todo espacio de autonomía y subsumiéndola consecuentemente en lo específicamente económico. En función de ello, se pensaba que el hombre común actuaba en la medida que viera en peligro sus propias condiciones materiales de subsistencia. Dicho en otros términos, se pensaba que era en el espacio de la economía en la que el hombre tomaba conciencia de su propia condición en la sociedad. Así, al enfrentarse, ya fuera en forma real o potencial, a su propia miseria, la realidad se 'develaba' y le permitía orientar su acción hacia el fin correcto. Por eso, el proceso de pauperización al que se veían expuestas las capas particularmente medias durante el proceso militar hizo presuponer a muchos políticos una pronta definición 'progresista' -con todas las limitaciones que este término conlleva- por parte de estos sectores.

(3) Por ejemplo, esta falta de comprensión de la crisis hizo que el radicalismo pensara, cuando llegó al poder en 1983, que era posible restituir el estado keynesiano, nombrando como ministro de Economía a Bernardo Grinspun.

(4) "Economía. El hombre de la convertibilidad", Entrevista a Domingo Cavallo, op. cit., pág. 93.

(5) Si bien es cierto que las últimas elecciones de 1994, en las que se elegían constituyentes del peronismo sufre un grave revés fundamentalmente en la Capital Federal, éstas no marcan, al menos por el momento, una tendencia a la baja del caudal electoral del peronismo. En primer lugar, porque la cuestión que se debatía en esta instancia -la reforma del sistema político-, así como el hecho que por el pacto Alfonsín-Menem los temas más importantes de la reforma constitucional aparecen ya previamente decididos, genera en el electorado una mecánica de decisión del voto que difiere generalmente a la habitual en elecciones normales. En segundo lugar, porque si bien en esta oportunidad el Frente Grande ganó en Capital Federal, existe una contrapartida muy llamativa y que es el resultado que se obtuvo en Santiago del Estero. Mientras que las condiciones económicas de la provincia habían determinado una reacción popular en diciembre de 1993 que terminó atacando la misma gobernación en manos del peronismo, pocos meses después, en abril de 1994, es ese mismo peronismo el que gana las elecciones para constituyentes.

(6) GONZALEZ, E., "El respaldo a este modelo es claro", *Página/12*, 25/05/93, pág. 4.

(7) Discurso del presidente Carlos Saúl Menem en el Congreso de Actualización Doctrinaria del Partido Justicialista, en *Página/12*, 15/03/91, pág. 6 -subrayado nuestro-.

(8) BOLIVAR, J., "¿Fin de la experiencia 'progresista'? Lo 'revolucionario' del pensamiento conservador", en *El Cronista Comercial*, 2ª Sección, 30/07/89, pág. 3 -subrayado nuestro-.

(9) "La referencia al bien comprendió una configuración imprecisamente doctrinaria por el recurso a una concepción organicista, según la cual se asigna un lugar natural a cada categoría social, y a un nacionalismo pretendido intransigente" (CHERESKY; 43).



- (10) Desde el punto de vista de lo simbólico, el 17 de octubre de 1990 se consagró en el peronismo un cambio de sujeto, ya que "los destinatarios privilegiados son más que nada los 'argentinos', y no más los 'trabajadores'" (ARMORY; 4). La utilización del mítico 17 octubre para un acto de apoyo al gobierno de Menem, esta vez con la asistencia de quienes habían sido tradicionalmente estigmatizados por el peronismo como la 'oligarquía', y sin el rol protagónico de la organización sindical -definida entonces como la 'columna vertebral' del peronismo- constituyó una manera de quebrar el sentido y, en consecuencia, la tradicional identidad peronista. El 17 de octubre de 1990, sin tambores ni 'descamisados', sin el protagonismo de los trabajadores, se erigió en la conciencia del hombre común en parteaguas definitivo que dejaba en el pasado muerto una identidad en principio perimida.
- (11) "El justicialismo no bajará de cinco bancas, adelantó, Caimmi", *Rosario/12*, 24/10/91, pág. 2.
- (12) KOLLMANN, R., "El agujero negro. Votos, odios y paradojas en el conurbano", *Página/30*, N° 33, abril, 1993, pág. 33 -subrayado nuestro-.
- (13) "Economía. El hombre de la convertibilidad", op. cit., pág. 92. Es interesante traer a colación una entrevista realizada a Domingo Cavallo ya próximos a las elecciones de 1983 en el programa televisivo que entonces dirigían Bernardo Neustadt y Mariano Grondona. En ella se le preguntó si no pensaba incorporarse a algún partido político. La respuesta de Cavallo, que no resultó muy clara en ese momento, cobra un significado diferente a la luz de los acontecimientos posteriores. En ese momento dijo que había un único partido en el cual él estaba interesado en participar, pero que ese no era el momento político adecuado para hacerlo, dando a entender que ingresaría en él en algún momento futuro. Su posterior inclusión como extrapartidario dentro del peronismo, primero en Córdoba, de la mano de De la Sota, y luego a nivel nacional, nos sugiere que Cavallo estaba haciendo una evaluación política de este partido, no tanto por el modelo de desarrollo que el peronismo propugnaba, sino por el hecho de ser el partido que, en principio, garantizaba por sí mismo niveles altos de consenso.
- (14) Declaración de la Confederación General del Trabajo de la República Argentina, 6 de abril de 1982, en "Primero la Patria", en *La Vanguardia Popular y Socialista*, mayo, 1982, pág. 4 -subrayado nuestro-.
- (15) "Economía. El hombre de la convertibilidad", op. cit, pág. 92 -subrayado nuestro-.

## BIBLIOGRAFIA

- ALTAMIRANO, C., "¿Nueva? derecha. Del Proceso a la Nueva Mayoría", en *La Ciudad Futura*, N° 2, Buenos Aires, octubre, 1986.
- ARMORY, V., "Discours présidentiel et démocratie en Argentine: une étude préliminaire", en *Discours social/Social Discourse*, vol. 4, 3 & 4, Montréal, Été-automne/Summer-Autumn, 1992.
- AULICINO, E., *La reelección presidencial. Menem, la reforma y el pacto político*, Ediciones Letra Buena, Buenos Aires, 1992.
- BARBEITO, A.C. y LO VUOLO, R.M., *La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*, UNICEF/CIEPP/Losada, Buenos Aires, 1992.
- BELIZ, G., *La Argentina ausente. Entre la resignación y la esperanza*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- CHERESKY, I., *Creencias políticas, partidos y elecciones*, Cuadernos N° 2, Instituto de Investigaciones-Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires, julio, 1991; "La emergencia de los derechos humanos y el retroceso de lo político", en *Punto de Vista*, N° 43, Buenos Aires, agosto, 1992.
- DE IPOLA, E. y PORTANTIERO, J.C., "Crisis social y pacto democrático", en *Punto de Vista*, N° 21, Buenos Aires, agosto, 1984.
- DELICH, F., "Teoría y práctica política en situaciones de dictadura", en *Crítica y Utopía*, N° 8, Buenos Aires, noviembre, 1982; "La construcción social de legitimidad política en procesos de transición a la democracia (I)", en *Crítica y Utopía*, N° 9, Buenos Aires, mayo, 1983.
- DE RIZ, L., "La transformación del Estado: Bosquejo de una línea de investigación de las sociedades latinoamericanas", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1, UNAM, México, enero-marzo, 1980; *Alfonsín's Argentina: Renewal of Parties and Congress (1983-1989)*, XVth World Congress, Buenos

Aires, julio, 1991.

DOS SANTOS, M.R. y GARCIA DELGADO, D.R., "Democracia en cuestión y redefinición de la política", en *Crítica y Utopía*, Nº 8, Buenos Aires, noviembre de 1982.

DOTTI, J.E., "¿Viejo? liberalismo, nuevo ¿liberalismo?", en *La Ciudad Futura*, Nº 1, Buenos Aires, agosto, 1986.

DUCHASTEL, J. et ARMORY, V., *Un protocole de description de discours politiques*, document présenté aux Secondes Journées Internationales d'Analyse Statistique de Données Textuelles, Montpellier (France), 21 et 22 octobre 1993.

FALCON, R., *El sindicalismo argentino en la encrucijada (Política de ajuste, reestructuración del Estado y crisis sindical)*, Documento interno, CIESAL, Rosario, octubre 1990.

FERNANDEZ, A., *Las prácticas socio-políticas del sindicalismo (1955-85)*, Rosario, 1987 -mimeo-.

FRAGA, R., *El centro-derecha. De Alfonsín a Menem*, Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, Buenos Aires, 1990 -con la colaboración de María Gabriel Malacrida-.

GIUSSANI, P., *Menem. Su lógica secreta*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

GRÜNER, E., "Las fronteras del (des)orden. Apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato", en AAVV, *El Menemato. Radiografía de dos años de gobierno de Carlos Menem*, Ediciones Letra Buena, Buenos Aires, 1991.

HERNANDEZ ARREGUI, J.J., *Nacionalismo y liberación. (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)*, Ediciones Hachea, Buenos Aires, 1969.

NOVARO, M., "La crisis y los nuevos partidos. Emergencia de una nueva identidad política en el Chaco", en *La Ciudad Futura*, Nº 20, Buenos Aires, diciembre/89 - enero/90.

NUN, J., *Democracy and Modernization, Thirty Years After*, XVth World Congress, Buenos Aires, July, 1991.

PALOMINOS, Héctor, "La larga espera del sindicalismo argentino. Ni unidos ni dominados", en *La Ciudad Futura*, Nº 20, op. cit.

PEREZ-AGOTE, A., *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1986.

PORTANTIERO, J.C., "Las elecciones y el desencanto. ¿Crisis de la política?", en *La Ciudad Futura*, Nº 20, op. cit.

TULA, J., "Individualismo económico + autoritarismo político. El neoliberalismo es más que una receta económica", en *La Ciudad Futura*, Nº 20, op. cit.

YANNUZZI, M.de los A., *Algunas reflexiones en torno a la relación estado-sindicatos durante el Proceso*, Ponencia presentada en las Jornadas sobre "100 años del 1º de mayo", Rosario, Mayo de 1990; *Los años oscuros del Proceso*, UNR Editora, Rosario, 1991; "El modelo neoconservador y la crisis de los partidos en Argentina", en *Estudios Sociales*, Nº2, UNL, Santa Fe, primer semestre, 1992;

"La démocratie en péril", en ZYLBERBERG, J. et DEMERS, F., sous la direction de, *L'Amérique et les Américaines*, Association canadienne des études latinoaméricain et caraïbes, Les Presses de l'Université Laval, Sainte-Foy, 1992;

"Algunos aspectos del neoconservadurismo político", en *La línea de sombra*, Nº2, Rosario, junio, 1992; *Identidad, política y crisis*. Documento presentado en el Seminario Internacional sobre "Globalización, integración e identidad. Análisis comparativo Argentina-Canadá", Buenos Aires, octubre, 1992;

*Los momentos de unidad y diferencia en la construcción del orden político*, Documento presentado en el Coloquio internacional sobre "Razón, tradición, emancipación", Rosario, diciembre, 1992;

*Partidos políticos, derechos humanos y estado democrático*, Trabajo presentado en el seminario "Derechos humanos, democracia y desarrollo", Rosario, junio de 1993; *El menemismo: la construcción de un nuevo orden neoconservador*, Rosario, 1993.